

Por una historia fiel

EL CASO DE FRUCTUOSO RIVERA

Recorrer la historia, enterarnos de como se vivía en épocas pasadas, como se establecían las relaciones humanas, es condición indispensable para comprender, calibrar y orientar nuestra conducta actual. Infortunadamente, ese resultado es en gran medida alterado por quienes efectúan ese reconocimiento histórico basándose en prejuicios y desvirtuando así las situaciones y sentimientos estudiados. Una conciencia actualizada requiere por consiguiente una experiencia reconstruida de donde puedan emanar directivas materiales y espirituales capaces de enaltecer nuestras experiencias vitales propias. De ahí que considerar personajes de nuestro pasado requiere una atención ampliamente comprensiva.

Recurrir a valoraciones anteriores, requiere, por consiguiente,

superar tendencias y criterios deformantes debido a criterios preconcebidos, alterando la importancia y el sentido de las realizaciones que muchas veces se atribuyen injustificadamente a determinados personajes. Y entre esos personajes así enaltecidos por historiadores tendenciosos, Fructuoso Rivera merece una atención especial por la evidente distorsión con que se han destacado cualidades personales inexistentes. Las versiones históricas suelen ser en estos casos el producto de una evidente insuficiencia, basándose en datos alterados por interpretaciones deformantes, derivadas con frecuencia de conceptos y tendencias partidarias. Ha sido cometida en esos casos, no solamente una violación del sentido de los episodios y gestiones que se consideran, sino una alteración notable de la índole de la intui-

ción con que se realizan. En el caso de Rivera, así, se ha incurrido a menudo en una magnificación de determinadas tendencias, atribuyéndoles propósitos enaltecedores, cuando, con notoria evidencia si algo es evidente es la reiterada decisión de establecer una irrestricta tendencia de dominio personal, expuesta en las más variadas circunstancias.

Lejos de nosotros la intención de parcializar nuestra tarea. Así es que han sido numerosos y extensos los enfoques con que hemos descrito y valorizado aspectos fundamentales de la gestión desarrollada por Máximo Pérez, figura principal en la historia local que compartiera las mismas tendencias partidarias que Rivera, y a quien le dedicáramos centenares de páginas que se incluyeran en la Revista Histórica Nacional que dirigiera Juan E. Pivel Devoto. Y alabanzas y críticas he-



dedicado a integrantes de diversos partidos políticos. Lo importante ha sido siempre para mí esclarecer la índole moral de esas figuras descolantes, fueran Galarza, Leandro Gómez, Venancio Flores y tantos otros, a quienes he dedicado intensas descripciones y enjuiciamientos.

Si una intención debe predominar en toda la calificación de personajes históricos, es precisamente la dignidad y el valor de la conducta moral, colocando por encima de conveniencias y de circunstancias un respeto incuestionable a sus cualidades personales y a la especial rentabilidad de las personalidades consideradas. Y en el caso de Rivera resulta evidente la índole flagrante con que trató siempre de enaltecer su persona; y en ese empeño, fue extraordinaria la agresiva intención con que promovió ardorosamente la destrucción de Artigas, ese "monstruo" como lo calificara entre otros dictérios infamantes, cuyo aniquilamiento propusiera a Francisco Ramírez con una saña que, por sí sola, alcanza y sobra para revelarnos sus más arraigadas inclinaciones. Y ocurrirá después, movido por sus impulsos incontenibles, que invadirá tierra argentina y provocará un desastre en los destacamentos orientales, debiendo él huir en ominosa soledad a nuestro territorio. No vamos a conmemorar ahora las

otras tremendas destrucciones al huir de las Misiones a las que adujera "conquistar", y los distintos episodios, en el Rincón de las Gallinas, y después de Sarandí, intentando entre maniobras vergonzantes lograr rehabilitaciones de su descontrolada personalidad.

Describir ese proceso, supone sencillamente atenerse a realidades de penosísima endebles moral. No hemos necesitado sino una irrestricta atención a cuanto aconteciera. Recurrimos para ello a descripciones y reflexiones de indudable fidelidad. No se trata en realidad de eliminar un personaje de nuestra historia.

Lo importante es recuperarnos en tanto continuadores de las generaciones anteriores, como integrantes de una colectividad de cuya respetable integridad es necesario que nos sepamos continuadores en pro de una realización en que los valores humanos resulten indemnes y promotores de la colectividad, formalizando normas de laudable permanencia y pródiga superación.